

PÁGINA del tiempo PERDIDO



Al surgir la guerra franco-alemana de 1870 y ponerse Napoleón III al frente de las tropas, dejó la Regencia en manos de la Emperatriz. En el último Consejo en que se recibió la noticia de la derrota de Sedan, Eugenia de Montijo demostró una entereza, una serenidad y un valor muy superiores a los de sus ministros. Por eso se dijo que en aquel Consejo no había habido más que un solo hombre: la Emperatriz.



Hay tratados de versificación en la Edad Media que dan idea de la más artificiosa rima. Un poeta flamenco-borgoñés del siglo XIV, escribió ocho versos que podían leerse, girarse y volverse de treinta y ocho maneras, cada una de las cuales hallaba significación y rima.



Cánovas del Castillo era un hombre muy galante, como saben cuantos le trataron. En los primeros años de la Restauración, una señora que le había pedido alguna credenciales, le dijo, al recordarle la última petición:

—Las señoras, siempre le estamos molestando con peticiones.

A lo que Cánovas, galante, contestó:

—A mí las señoras no me molestan cuando me piden, sino cuando me niegan.



En la Edad Media, las escuelas de Maestros Cantores en el sur de Alemania celebraban conciertos. El Jurado, para no impresionar, estaba oculto tras una cortina.

* * *

LA MUJER FUERTE

«¿Quién hallará una mujer fuerte? Es más preciosa que el oro que se trae de las entrañas de la tierra. El corazón de su marido pone en ella su confianza. Y no necesitará de despojos. Y le pagará con bien y no con mal todos los días de su vida. Pues buscó lana y lino, y trabajó con habilidad en la obra de sus manos. Es como el navío del mercader que trae de lejos su pan. Pues levantóse antes de amanecer y repartió a su familia la comida y su tarea a las criadas. Reconoció una heredad y la compró. Y plantó una viña con el trabajo de sus manos. Ciñóse de fortaleza y fortificó su brazo. Probó y vió que era bueno su tráfico. Y su candela no se apagará de noche. Aplicó la rueca a su mano y sus dedos tomaron el huso. Abrió su corazón a los necesitados y extendió su brazo hacia el pobre. No temerá que molesten su casa los fríos ni la nieve porque toda su familia tiene ropas dobles. Hizo para sí alfombras; lino finísimo y púrpura son sus vestidos. Su marido será ilustre entre los jueces cuando se sentare entre los senadores de la tierra. Tejió lienzo y lo vendió. Y dió un óngulo al cananeo. La fortaleza y la honestidad son sus atavíos y se reirá en el último día. Abrió su boca con sabiduría. Reconoció todos los rincones de su casa y no comió el pan de balde. Levantáronse sus hijos y publicaron que era bienaventurada. También su marido, y la elogió. Muchas mujeres han amontonado riquezas pero esta mujer aventajó a todas. Pues es engañoso el donaire. Y es vana la belleza. La mujer que teme a Dios, esa será alabada. Alábenla sus obras en presencia de los jueces.»

(Capítulo 31 de los Proverbios)

Un día que había abierto una carta dirigida a su mujer, Mark Twain escribió en el sobre: «Abierto por error para ver lo que había dentro.»



La condesa de C. A. poseía un gran ingenio, aunque no todos sus rasgos puedan ser reproducidos.

Una tarde fué a visitar a la condesa de T., que era también muy graciosa. La entraron al salón, donde había un piano de cola, y allí le dijeron después que su amiga no estaba en casa.

Mientras esperaba se fijó en la capa de polvo que cubría el piano, y escribió con el dedo: «Cochina».

A los pocos días se encontró a su amiga en la calle, y le dijo:

—Estuve hace poco a verte y no estabas.

—Sí—contestó la condesa de T.—ya vi sobre el piano tu tarjeta.



Decía Talleyrand refiriéndose a la intervención de la mujer en la política: «Yo, ante la mujer, sólo admito dos posiciones: o yo a sus pies, o ella en mis brazos; pero nunca yo en sus manos.»

